

Los Líderes dan, no

25, Febrero 89

Moda Académica, las Relaciones México-EU

Los Líderes dan, no Oyen Consejos

- ★ Atrae a Estudiosos, en General, Gente sin Poder
- ★ Entre más Dificiles son, más Despierta Interés
- ★ En los Años 50 Faltó sex Appeal o fue Peligroso

LORENZO MEYER

De pocas cosas se puede decir en esta vida que entre peor, mejor. Sin embargo, la bibliografía sobre las relaciones entre México y Estados Unidos es justamente una de esas pocas cosas: entre más difícil se hace la relación entre nosotros y el vecino del norte, mayor y mejor el número de estudios sobre el particular.

Cuando tras la Segunda Guerra Mundial las relaciones oficiales entre México y Estados Unidos perdieron el carácter de confrontación sistemática, muy pocos académicos estadounidenses decidieron dirigir sus energías al examen metódico de la relación entre la vigorosa primera potencia mundial y un vecino que ellos veían como folclórico pero de importancia secundaria. Si para los académicos de allá el tema de la relación bilateral carecía de sex appeal, para los de acá resultaba peligroso. En efecto, una cierta intolerancia nacionalista llevó a ver con sospecha a quienes proponían tratar el presente y futuro de la relación mexicano-americana con cierta objetividad. Así, por ejemplo, los intentos de la doctora Josefina Vázquez hace un par de decenios por crear en México un centro

Los Líderes dan, no

Sigue de la primera plana

universitario de estudios estadounidenses, tuvieron que disfrazarse de estudios angloamericanos, pero a fin de cuentas ni eso los salvó de perecer con el lema: entre menos sepamos de Estados Unidos, mejor. El patriotismo se confundió con la ignorancia.

Bueno, mucha agua ha corrido bajo el puente desde entonces. Hoy el tema de la relación con nuestros vecinos atrae la atención de los académicos de México y Estados Unidos como la miel a las moscas, y la razón fundamental es que desde los años setenta esa relación fue perdiendo su carácter rutinario para convertirse en una fuente multifacética de conflicto. En Estados Unidos ya se puede tomar a México, como en el pasado, fácilmente predecible. Y en México el proyecto nacional mismo depende de lograr definir cuál será nuestra relación con el poderoso vecino del norte.

★
Como resultado de los problemas e interrogantes que han surgido entre México y Estados Unidos, la bibliografía al respecto se ha convertido en un torrente. Así, por ejemplo, en los últimos seis o nueve meses, han salido por lo menos cuatro libros que son resultado de un esfuerzo conjunto de académicos mexicanos y americanos por debatir de manera civilizada y constructiva las dificultades por las que hoy atraviesa la relación entre nuestros países. Supongo que no es coincidencia que esos trabajos hayan aparecido en el momento en que cambiaron los equipos dirigentes en México y Estados Unidos.

Es obvio —y en un caso el deseo se hizo explícito— que los autores querían influir en el proceso político. Me temo que este deseo se contraponen a un supuesto implícito que está en la base de la conducta de nuestra élite tecnocrática y que es éste: en México nadie conoce los problemas políticos del país mejor que sus dirigentes, y en materia de consejos ellos están para darlos, no para reci-

birlos, y menos aún de los académicos —por definición, gente sin poder y por tanto sin importancia—. Pese a lo anterior, los trabajos en cuestión son un punto de referencia obligado para el público interesado en el futuro de la relación entre México y su enorme vecino del norte.

Dos de los libros a los que me refiero son trabajos colectivos de mexicanos y estadounidenses. Riordan Roett, desde su base en Washington, editó **Mexico and the United States. Managing the Relationship**, y Susan Kaufman Purcell, la mexicanóloga del Consejo de Relaciones Exteriores de Nueva York, editó **Mexico in Transition. Implications for U.S. Policy**.

La posición mexicana se encuentra mejor representada en el informe de la Comisión sobre el Futuro de las Relaciones México Estados Unidos, organización patrocinada por la Fundación Ford, y que se titula **El desafío de la interdependencia: México y Estados Unidos**. Ahí se encuentran, entrelazados y con igual peso, los argumentos de mexicanos y estadounidenses en torno de la mejor forma de manejar dentro de un ámbito de bilateralidad los problemas creados por la deuda externa mexicana, la inversión de capital foráneo en nuestro país, el comercio legal que cruza en ambas direcciones la frontera mexicano-estadunidense, la migración del sur al norte, el narcotráfico, las políticas externas de ambos gobiernos en áreas internacionales de interés común pero no necesariamente coincidentes, y las percepciones públicas de un país en el otro. Se trata de un resumen excelente de los problemas principales que se presentan en cada una de esas áreas, pero en donde el carácter semioficial del comité (este carácter se notó, sobre todo, del lado mexicano) puso ciertos límites al tratamiento de los temas. Así, por ejemplo, la naturaleza de los procesos políticos internos mexicanos —la crisis del sistema político posrevolucionario— y sus innegables efectos en la relación con Estados Unidos

resultó un tema no abordado por eso del respeto a la "no intervención", principio válido en el campo de la relación gubernamental pero absurdo cuando se le aplica al análisis académico.

★
Es justamente su indiferencia respecto a herir susceptibilidades de personas, grupos o gobiernos, o a respetar fronteras entre disciplinas más una cierta libertad en el estilo, que es el reflejo de la exuberancia de la personalidad de sus dos autores (uno sospecha que su vocación no es la de observadores, sino de activistas temporales en el papel de académicos) lo que hace del libro de Jorge G. Castañeda y Robert A. Pastor, una obra atractiva, con innegable sex appeal.

En este trabajo, cuya versión en español acaba de aparecer (la inglesa salió en octubre del año pasado) con el título **Límites en la amistad**, los dos autores llevan el concepto de igualdad y diferencia a límites que la realidad internacional simplemente no permitiría si se trata de países. En efecto, en el libro cada tema es abordado separadamente por cada uno de los autores, y empleado un espacio más o menos similar. El mexicano y el americano quedan, pues, en igualdad de circunstancias y el único poder que emblean en su civilizada disputa por ganarse la aprobación del lector, es el de la fuerza y la lógica de los argumentos.

El resultado de esta peculiar contienda, es que Castañeda y Pastor llevan con agilidad a su audiencia binacional por los vericuetos del conocido aunque complejo terreno de las áreas de fricción y con limitaciones, de posible colaboración entre México y Estados Unidos: La cultura política (por un lado, el nacionalismo y la desconfianza histórica de México; por el otro, el poco peso del pasado en Estados Unidos y su vocación por "resolver los problemas de otros"), la intervención actual de un gobierno en los asuntos del vecino país (las campañas recientes contra el gobierno mexicano orquestadas

Oyen Consejos

por la burocracia de Washington, y la exageración de esa intervención por parte de la élite mexicana para usar al nacionalismo como defensa fácil de sus propios errores y privilegios injustificables), las naturalezas distintas y conflictivas de los dos sistemas políticos (uno que de tan plural llega a la contradicción e ineficacia, y el otro relativamente centralizado por presidencialista y autoritario, pero no por ello libre de ciertas contradicciones producto de intereses burocráticos creados), sus perspectivas diferentes del entorno internacional (las prolas del tiburón y la sardina en un mar Caribe, donde la luminosidad hace indistinguibles para los nortños a nacionalistas y comunistas, y donde el gobierno mexicano se entusiasmó tanto con su papel de potencia regional que perdió su principio de no intervención), la integración de las dos economías (integración no planeada, no buscada por México, pero que avanza como resultado de la debilidad mexicana y del enorme peso de la economía estadounidense: integración que por la inercia tiene al tiempo de su parte), el problema de las drogas (problema tanto de oferta como de demanda, y en donde se revierten los papeles tradicionales: lo que para México es un asunto secundario para Estados Unidos es un tema vital pero que no sabe cómo enfrentar), la fuga de capital mexicano (quizá 35 mil millones de dólares en diez años), el de la frontera (la zona limítrofe de mayor contraste entre riqueza y pobreza en el mundo; zona de interacción constante, y de mayor crecimiento que los dos países en conjunto, el laboratorio donde se gesta el futuro), la interpretación cultural (la obvia pero limitada americanización del país sur pese a su pobreza, y la sutil e indeseada mexicanización del rico país del norte por la vía de la migración).



Al final de su peculiar contienda, Castañeda y Pastor están de acuerdo en un par de cosas: en primer lugar, que a querer o no, el futuro de la relación Méxi-

co-Estados Unidos está determinado por procesos muy poderosos de integración económica y social que ya están en marcha, sobre todo a raíz de la reorganización económica mexicana. En segundo lugar, que hoy nadie puede predecir con certeza cómo evolucionará esa integración a la que México teme por su gran debilidad relativa pero que por la misma razón Estados Unidos acepta como natural y lógica. En tercer lugar, y que pase lo que pase, las diferencias culturales básicas entre los dos países, permanecerán. Finalmente, que las tensiones entre México y Estados Unidos son inevitables y las contradicciones entre sus intereses no desaparecerán en un futuro previsible. Ninguna amistad puede borrarlas, y menos una con tantos límites como la mexicano-americana.

Si la asimetría es la característica central de la relación entre México y Estados Unidos, resulta que hay zonas de excepción. En términos generales, en las cuatro obras que he mencionado, la calidad del análisis mexicano no desmerece en nada frente a la del norteamericano. Los autores mexicanos son realmente match de los norteamericanos. Y está claro que Castañeda es capaz de un análisis tan amplio y complejo como el de Pastor... e inclusive mejor.

Alguien podría argumentar que dada la importancia relativa de México para Estados Unidos (poca), las mejores mentes de los internacionalistas norteamericanos no están en el análisis de la relación norteamericana con el vecino del sur sino en la relación con la URSS o Europa. Quizá, pero ese es problema de los vecinos y no nuestro. Por otro lado, también se puede alegar que, pese al hecho de que los sueldos académicos en México son de cuatro a seis veces inferiores a los norteamericanos, la diferencia no se refleja en la calidad del trabajo. En cualquier caso, la bibliografía disponible nos dice que hoy por hoy, y en el campo del análisis académico, no somos ni más ni menos que los norteamericanos. Una de cal por las muchas de arena.